

CRISIS DE VERANO DEL 76



Todas las grandes crisis políticas en el Estado están precedidas de grave crisis moral en la Sociedad. La de Junio de 1976, la que hundió al Gobierno Arias y elevó a Suárez, tuvo un carácter moral antes que político. Las jóvenes ambiciones no subieron al poder con más o mejores ideas políticas, ni con mayor voluntad de cambio que las ambiciones cesantes, sino con menos escrúpulos morales y menor sentimiento de fidelidad a su inmediato pasado. Arias y Fraga eran hombres de convicciones autoritarias que se plegaron a los vientos de la Reforma, sin troncharse del todo. Mientras que Suárez y Gutiérrez Mellado llegan al poder rotos de personalidad. La crisis de los valores morales en la sociedad los sacudió tan a conciencia que los había dejado sin ella. Justo lo que la situación requería para liquidar el Estado dictatorial. No meros traidores solapados, como Fraga o Arelliza, sino puros renegados. Arias había socabado, espiritualmente, los hábitáculos institucionales del Régimen. No era suficiente. Para evitar la ruptura democrática, la operación reformista pedía un ingenio destructivo que, al revés de la bomba de neutrones, asolará las cosas institucionales de la dictadura y salvará a los hombres que las usaban. Ante todo al Rey y a sí mismo.

Cuando Suárez asumió el Gobierno, Sociedad y Estado marchaban a sus inciertos destinos por caminos que no se cruzaban. Pese a la resistencia del PSOE a mis iniciativas de acción, la Platajunta lograba movilizar a centenares de miles de manifestantes en toda España, por la libertad. La iniciativa política pasó a manos de la oposición. La embajada de EE UU, concertada con la de Alemania, urgía a emprender la Reforma Parlamentaria que no osó Arias, con exclusión del PC en las primeras elecciones. Mientras que la Ford y otras multinacionales desfilaban por mi oficina para pedirme garantías, como coordinador de la oposición, de sus inversiones. El gobernador de Las Palmas, acabada la gran manifestación por la libertad, que presidió en representación de la Platajunta, me envía su felicitación. En plena desorientación de la brújula del poder, asistí en casa de Mario Armero a una cena con las fuerzas vivas agrupadas en torno a Suárez. Hablaban con tal euforia de la amnistía que decretaría el Gobierno que, al pedir mi opinión, me atreví a sondear el alcance de sus ánimos reformistas: «Si os referís, como supongo, a la necesidad de una amnistía general para los vencedores, estoy de acuerdo». «Hasta ahí podíamos llegar! ¡Eso es intolerable! Así sentían los que luego serían ministros de la Reforma.

Pero sería injusto negar el ingenio de Suárez. Supo ver a tiempo que los jefes de partido eran tan indigentes de intelecto y tan sobrados de ambición estatal como él. Y ahí encontró el mecanismo de seguridad que salvaría a los servidores de

la dictadura. Nada más seguro para estos hombres del Estado que sacar de la sociedad a los hombres de la oposición y meterlos, junto con ellos, en el Estado. Tenía que estatalizarlos con la bomba antineuro-

nes de la ley electoral de listas. La crisis abierta en la primavera, con el fracaso de la entrevista Fraga-Felipe, provocó la unidad de la oposición y mi encarcelamiento. La crisis aguda de junio me sacó de la prisión, y entregó la iniciativa política, durante todo el verano, a la estrategia de ruptura democrática dirigida por la Platajunta. Hasta que la conquista de la hegemonía por la oposición democrática obligó a Suárez a refrendar su proyecto de Reforma Política. Tomando así la iniciativa en diciembre, el éxito de la reforma pactada estaba asegurado. La derrota de la ruptura democrática por el plan Kissinger se debió a la traición del PSOE y del PC a su historia y a su personalidad política. Una deslealtad fundada en la crisis general de los valores morales.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

PONIÉNDOSE EN FORMA

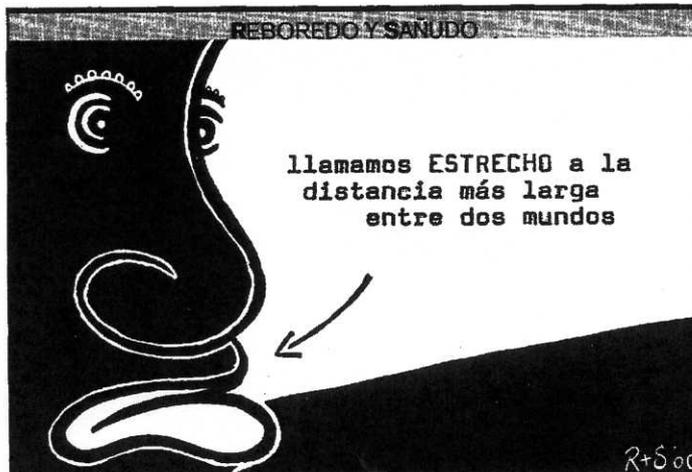
El descubrimiento de un piso franco de Eta, repleto de armas, explosivos y de documentos que revelan los planes criminales de la banda mafiosa, ha supuesto un respiro para los mandos de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Porque, en plena escalada del terror, se pasa muy mal al frente de las unidades policiales sin lograr publicar éxitos contra los terroristas.

Pero quienes peor lo pasan son los policías y guardias civiles encargados de la lucha en la calle. Algunos le han contado a Juan Bravo que ahora, cuando notan la presión exigiendo resultados, recuerdan los días de la tregua-trampa, donde ocurría todo lo contrario: detener entonces a capos

etarras y desmontar sus redes de información o de financiación, no estaba muy bien visto pues podía entenderse por parte de algún asesor de como «un error» que podía dinamitar las conversaciones con la banda y romper la «tregua».

Lo malo es que, descubierta la trampa, al arreciar la escalada criminal se echan de menos los frutos de aquel trabajo de información y los agentes se tienen que poner a trabajar a todo ritmo para rebajar las grasas acumuladas por la escasa actividad y ponerse de nuevo en forma para recuperar el tiempo perdido.

Juan BRAVO



DESINDUSTRIALIZACIÓN PERMANENTE



Es ingeniero y hace años inventó una máquina destinada al secado de fibras textiles que, desde el punto de vista de su eficacia, así como de su funcionamiento ecológico, superaba a las existentes. Uniendo a su talento técnico la capacidad organizativa y empresarial creó una fábrica dedicada a la producción de tal artefacto y consiguió exportarla a muy diversos países, tanto del Primer como del Tercer Mundo. Habíamos pasado ratos muy divertidos, cuando relataba sus viajes y negociaciones, salpicadas de comentarios sobre psicología negociadora de chinos, con su paciencia infinita, de turcos, de mexicanos. Recientemente he encontrado a este grato amigo, en una playa del mediterráneo catalán, y, aunque su conversación puede recorrer los más variados paisajes con increíble amenidad, hubo de preguntarle pronto, con natural curiosidad, por la marcha de su empresa. Y quedé tristemente sorprendido, penosamente consternado, cuando me dijo que no había tenido más remedio que cerrarla.

¿Razones de este cierre? Fundamentalmente, según deduje de sus explicaciones, la tacañería y falta de espíritu para apoyar las iniciativas creadoras por parte de nuestra ban-

ca. La cual, aún sobre contratos en firme de exportación, exigía tales garantías que nuestro amigo inventor y empresario tenía que empeñar su patrimonio. Y ello en competencia con la industria alemana, animada por el espíritu expansivo y emprendedor tanto de su banca como de su aparato estatal que impulsa iniciativas paralelas de este tipo. Y, ahora, como fin de la noble aventura, sólo queda terminalmente vender la patente a industrias portuguesas, que, al parecer, se interesan por proseguir la producción que en nuestro solar ha muerto.

Frente a nosotros en esta conversación brillaba el mar Mediterráneo y nos acariciaba la brisa en un espléndido paisaje. Momentáneamente había desaparecido para ser sustituido en mi mente por imágenes de fábricas y mesas en que se negociaban productos industriales. Ahora retornaba ante mis ojos. Y yo me preguntaba: dada la ceguera de nuestros poderes políticos y financieros, ¿son estos los únicos bienes que en el futuro vamos a poder vender los españoles? Mientras no se deterioren aún más, por otra parte. Ya que basta con adentrarse en las aguas, a pesar de las banderas azules que adoman nuestra superhacinadas playas, para tropezar con flotantes plásticos y saborear la gasolina que incivilizados propietarios de yate depositan amarrando en la zona de bañistas embarcaciones ansiosas de más altas navegaciones.

En repetidas ocasiones se ha querido por nuestros gobernantes justificar el cierre de numerosas industrias, navales, siderúrgicas, agrícolas, extractivas, alegando que se trataba de sectores en crisis, de que estábamos en presencia de una obsolescencia. No es tal el caso de la empresa, bien innovadora y capaz de competir técnicamente que acabo de relatar, y a mis mientes viene otro recuerdo.

Se trata de un restaurante de ambiente agradable, aunque sin pretensiones, más bien íntimo y familiar, que yo frecuentaba en Madrid. El propietario que atendía a las mesas, recibía los pedidos y los servía, con quien hice amistad, me contó cierto día, que era ingeniero de profesión. Había estado trabajando en una empresa española de alta tecnología que exportaba no sólo al Tercer Mundo sino a países del Primero como Italia. Mas tal empresa hubo también de cerrar y ahora se ganaba la vida con su negocio de restaurante, en que sus conocimientos como ingeniero no resultaban de excesiva utilidad. ¿Es quizá un símbolo del destino que nos espera, cuando la Unión Europea nos ha clasificado como país turístico? ¿Los graduados en Ingeniería —y además con experiencia— sirviendo las mesas de nuestros turistas?

Llego a mi casa, pongo la televisión y oigo que «España va bien». Superamos en cifras de crecimiento a todos los otros países europeos. Y además vamos a invertir fondos importantes en desarrollo científico y tecnológico. La conclusión es clara: o el demonio maligno cartesiano que se dedica a engañarnos se ha encarnado en esta tierra o la realidad virtual de las ondas no tiene nada que ver con la que nos rodea cotidianamente.

Carlos PARÍS